

ficio; antes tienen siempre que temerlo todo. ¡Ah! avergoncémonos de pensar como el mundo, cuando vemos que piensa como los paganos.

Lo 3.º *Del objeto á que debemos aplicar nuestros primeros cuidados...* «Buscad, por tanto (*acaba Jesucristo*), primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas...» Lo que debemos buscar, antes de todas las cosas, es el reino de Dios y su justicia, la gloria de Dios y nuestra salvacion. Estudiemos la ley de Dios; apliquémonos á observarla; practiquemos las obras de caridad; frecuentemos los Sacramentos; atendamos á la oracion; trabajemos por adquirir las virtudes, por la victoria de las pasiones, y no temamos que nos pueda faltar lo restante. Es nuestro Dios mismo, es nuestro Padre el que nos da la palabra. Confiemos en sus promesas; reposemos sobre su infinita bondad en todo aquello que necesitamos para la vida y para la muerte.

Peticion y coloquio.

Alma mia, avergüenzate de una inquietud vana y desconfiada bajo el gobierno de una sabiduría infinita en sus miras, en sus desig-nios, en sus medidas, en sus medios y en la justa proporcion que hace resplandecer en sus obras. ¡Ah! vive quieta y tranquila sobre la potencia infinita de tu Dios, sin cesar jamás de trabajar bajo su diestra en espíritu de paz y de sumision. Entre los medios naturales que nos conservan la vida y procuran el vestido, ten siempre delante de tus ojos su mano bienhechora. Y Vos, ó Dios mio, dirigid mis miras y mis cuidados solo hácia los bienes sólidos y eternos: haced que ante todas cosas busque vuestro reino y vuestra justicia: haced que yo solo á Vos ame aquí en la tierra, y que á Vos solo eternamente posea. Amen.

MEDITACION CLXI.

TERCERA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. xii, 32-34).

JESÚS ANIMA SUS APÓSTOLES.

1.º Jesucristo les pone á la vista una sólida consolacion; 2.º les da un aviso esencial; 3.º les propone una máxima importante.

PUNTO I.

Jesucristo pone bajo los ojos de sus Apóstoles una consolacion sólida.

Lo 1.º *Por la confianza á que los anima...* «No temais...» Esto es, no temais que os falten las cosas necesarias á la vida; no temais la potencia de los hombres ni el furor de los demonios; no temais vuestra debilidad cuando no os expondréis temerariamente, y poned en Dios toda vuestra confianza... Tal debe ser la seguridad de un alma verdaderamente cristiana. Pero ¡ay de mí! si nos examinamos seriamente, verémos que estamos muy léjos de esto. ¡Oh, cuántos objetos de temores pueriles y funestos se presentan continuamente á nuestra alma, la descomponen y la inquietan!

Lo 2.º *Jesucristo pone á los ojos de sus Apóstoles una consolacion sólida por el nombre con que los llama...* «No temais, pequeño rebaño...» Este nombre indicaba el número actual de aquellos que componian su Iglesia, que era bien pequeño; pero este pequeño número debia un dia llegar á ser bien grande, y á abrazar todos los pueblos del mundo... Mas aunque esta Iglesia está bien extendida, ¡oh y cuán pequeño es el número de los cristianos fervorosos en comparacion de los cristianos perezosos y pecadores! ¡Ah! unámonos á este pequeño número si queremos tener parte en los favores que se le prometen... Este nombre indicaba tambien las principales virtudes de los verdaderos hijos de la Iglesia, como son la humildad, la paciencia y la dulzura. Con estas ha triunfado del mundo entero este pequeño rebaño. ¿Tenemos nosotros estas virtudes?... Finalmente, este nombre declaraba la ternura de Jesucristo para con su Iglesia. Él es el Pastor y ella su amado rebaño. En este sabe distinguir las almas generosas que le sirven con fervor y con toda la pureza de su corazon. ¡Oh y cuán grande es el afecto y la ternura que él tiene á este rebaño! Esforcémonos á ser de este número, y nada omitamos por conseguirlo.

Lo 3.º *Jesucristo presenta á sus Apóstoles una sólida consolacion por la recompensa de que los asegura...* «No temais, pequeño rebaño, porque ha sido complacido vuestro Padre de daros el reino...» Examinemos todas estas palabras... *Ha sido complacido...* Él os ha llamado á una suerte tan dichosa por un favor del todo gratuito, por un efecto de su amor, y con complacencia os pondrá en su posesion... *Ha sido complacido vuestro Padre...* ¿Y quién es este Padre? Es el mismo Dios, aquel Señor soberano, absoluto y omnipotente, á quien nada resiste, y que nada puede impedirle poner en ejecucion su voluntad y en exacto cumplimiento sus promesas, con tal que nosotros no nos hagamos indignos de ellas... *Ha sido complacido vuestro Padre de daros...* no lo que vosotros merecis. Vuestros méritos mismos son dones de su gracia, y coronando en vosotros vuestros méritos, corona sus propios dones. ¡Qué desgracia para vosotros si viniérais á perder este don de la gloria por haber desechado los dones de la gracia!... «*Ha sido complacido vuestro Padre de daros á vosotros el reino...*» ¿Y qué reino? ¡Ah! si fuese un reino sobre la tierra, todo lo sacrificaríais por obtenerlo y no perderlo: dia y noche pensaríais en él; seria este el solo objeto de vuestros deseos; continuamente suspiraríais el dichoso momento que deberia ponerlos en su posesion; cualquiera otra fortuna os pareceria vil y despreciable; en vuestro espíritu maquinariáis solo proyectos dignos del trono, y alimentaríais siempre vuestro corazon de afectos convenientes á vuestro alto destino. Mas el reino á que estais destinados es un reino celestial, es un reino eterno. ¡Ah! no querais, pues, arrastraros sobre la tierra, no querais envileceros, no querais degradaros. Excitad en vosotros pensamientos dignos de vuestro Padre y dignos del reino que os ha preparado.

PUNTO II.

Jesucristo da á sus Apóstoles un aviso esencial.

Lo 1.º *De renunciar á los tesoros de la tierra...* «Vended lo que poseeis, y dad limosna...»

Los primeros fieles siguieron, y muchos en nuestros dias siguen este consejo. Pero, ó llamados ó no llamados á este grado de perfeccion, tenemos siempre en este mismo consejo un precepto esencial. Este consiste en despegar nuestro corazon de todo lo que poseemos, y en no tener algun tesoro sobre la tierra. Lo que el Salvador dice del tesoro de las riquezas se debe entender de todo otro

tesoro á que se pega nuestro corazon. Fuera del tesoro de las riquezas, hay otros de muchas especies, y cada uno se forma el suyo. Tesoro de ciencia y de erudicion; tesoro de estima y de reputacion; tesoro de amistad y de reconocimiento; tesoro de favor y de proteccion; tesoro de comodidades, de placeres y de sensualidad. Sigamos el aviso del Salvador: renunciemos á todo esto, ó retengamos solamente lo que la caridad y las obligaciones esenciales de nuestro estado no nos permiten abandonar. Cuanto mas nos adelantemos en este despego del corazon y en esta renuncia efectiva de las cosas de la tierra, tanto mas gozaremos la paz interna y la libertad de hijos de Dios. Contrato ventajoso en que damos cosas despreciables por bienes de un precio infinito. ¡Ah, no con otro que con Dios solo se puede hacer un tan afortunado comercio! ¡Insensato, pues, el que no lo hace!

Lo 2.º *Jesucristo da á sus Apóstoles el aviso esencial de hacerse un tesoro en el cielo...* «Haceos bolsas que no se envejecen; un tesoro inexhausto en el cielo, donde el ladron no se acerca, ni lo roe «la polilla...» Las riquezas distribuidas á los pobres son un tesoro en el cielo. Las buenas obras y las virtudes practicadas en la presencia de Dios, y por agradarle, son un tesoro en el cielo. El conocimiento de los Santos, y de sus acciones, y de sus combates; la invocacion de su intercesion; la confianza en su poder; el deseo de verlos y de vivir con ellos son un tesoro en el cielo. El tiempo que robamos á nuestros gustos y placeres por atender á la oracion, por frecuentar los Sacramentos, y por practicar el ayuno y la mortificacion, todas estas obras santas son un tesoro en el cielo. Veis aquí los tesoros que conviene acumular, juntar y aumentar cada dia.

Lo 3.º *Cuál es la razon de este aviso del Redentor...* ¡Ay de mí! ¿No la sabemos aun por ventura? ¿Es necesario repetirnosla siempre, y á pesar de todo lo que se nos dice seremos tan inconsiderados y tan insensatos, que luego nos olvidemos? Los tesoros de la tierra nada tienen de noble y digno de nosotros; son bajos, viles y despreciables; léjos de saciarnos y de satisfacernos, nos degradan, nos empobrecen, nos afligen y nos atormentan. Los tesoros de la tierra nada tienen de seguro ni de sólido: mil suertes de enemigos buscan y pretenden robarnoslos, y otras tantas veces hemos sido despojados de ellos; nuestros sentimientos, nuestra desesperacion y la miseria que experimentamos son el primer castigo de nuestra imprudencia. Finalmente, nada tienen de permanentes y duraderos; la muerte todo nos lo quita, y nada nos queda. No es así de los tesoros

que acumulamos en el cielo. Ellos son nobles, satisfacen, engrandecen, alivian y llenan nuestro corazón: están seguros, no puede el enemigo robarnoslos y nada puede destruirlos; son duraderos y eternos: la muerte misma nos pone en su posesión, y seremos para siempre señores y dueños de ellos.

PUNTO III.

Jesucristo propone á sus Apóstoles una máxima importante.

«Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón...»

Lo 1.º *Aprendamos de esta máxima á conocernos á nosotros mismos...* ¿Queremos nosotros saber dónde está nuestro corazón? Veamos dónde está nuestro tesoro. Veamos dónde juntamos, dónde acumulamos y dónde trabajamos, si sobre la tierra ó en el cielo. ¿Queremos saber dónde está nuestro tesoro? Veamos dónde está nuestro corazón, dónde están nuestros afectos, nuestros deseos y nuestros pensamientos, á qué parte se vuelve habitualmente y cuáasi sin reflexión nuestro corazón, si hácia la tierra ó hácia el cielo; porque estas dos cosas están entre sí encadenadas y necesariamente juntas, aunque nosotros queramos tal vez disimularnoslo, pero en vano: donde está nuestro corazón, allí también está nuestro tesoro, y donde está nuestro tesoro, allí infaliblemente estará también nuestro corazón.

Lo 2.º *Aprendamos de esta máxima á regularnos nosotros mismos...* Comprendamos cuán importante es para nosotros no engañarnos en este negocio, esto es, en colocar bien nuestro tesoro y nuestro corazón. Estando estas dos cosas tan estrechamente unidas entre sí, el yerro que cometiéremos en la una, recaerá igualmente en la otra. Si hacemos consistir nuestro tesoro en cosas terrenas y caducas, en estas estará también nuestro corazón: de donde se seguirá que perecerá nuestro tesoro, y eternamente será con él despedazado nuestro corazón. Si, al opuesto, nuestro tesoro es celestial y eterno, eternamente gozará de él nuestro corazón con seguridad y felicidad. Estemos, pues, bien en vela sobre este punto, y no nos engañemos.

Lo 3.º *Aprendamos de esta máxima á cambiarnos á nosotros mismos...* No pretendamos ya cambiar nuestro corazón sin cambiar nuestro tesoro, ni cambiar nuestro tesoro sin cambiar nuestro corazón. Estas dos cosas son inseparables. Trabajemos en cambiar el

uno y el otro al mismo tiempo. Para revolver nuestro corazón hácia el cielo, pongamos en el cielo nuestro tesoro, enviemos allá limosnas, obras de caridad, actos de humildad, de paciencia y de mortificación. Para reponer nuestro tesoro en el cielo, revolvamos hasta el cielo los pensamientos de nuestro corazón, sus deseos y sus afectos. Pensemos con frecuencia en aquella beata habitación, en aquella gloria inmortal, en aquella eterna felicidad.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí, y cuán necesario es en mí este cambio, porque mi tesoro y mi corazón están del todo sobre la tierra! Ayúdame, ó Señor, porque sin Vos no me puedo cambiar, ó por mejor decir, cambiadme Vos mismo, y esta mutación será el efecto de vuestra diestra. Ó Dios mío, si Vos fuérais mi tesoro, ¡cuán afortunado sería! No tendría dificultad en estarme recogido, no estaría distraído en la oración, y la oración no me causaría tedio ni fastidio. Ó Jesús, si Vos fuérais mi tesoro, ¡con qué frecuencia, con qué respeto me hallaría yo en vuestra presencia! Mas frecuentes y mas fervorosas serían mis comuniones; en ellas no experimentaría aquella frialdad, aquella disipación que tanto me abaten, me desaniman, y me acongojan. ¡Oh Salvador mío! ¡oh divino Jesús! sed Vos en adelante mi único tesoro, y sea todo vuestro en adelante mi corazón... Amen.

MEDITACION CLXII.

CUARTA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL SALVADOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. xii, 35-41).

PARÁBOLA SOBRE LA MUERTE.

Bajo el velo de esta parábola nos enseña el Redentor: 1.º en qué consista la preparación á la muerte; 2.º cuál sea la felicidad de una muerte á la que el cristiano se halla preparado; 3.º cuán grande sea la necesidad de estar siempre dispuestos á morir.

PUNTO I.

En qué consiste la preparación para la muerte.

Lo 1.º *En el despego de las cosas de este mundo...* «Estén ceñidos vuestros lomos...»

Los judíos llevaban un hábito largo, y para no hallarse embara-

zados lo tenían levantado con un cingulo cuando habian de trabajar, ó hacer algun viaje... La primera preparacion para la muerte consiste en ponerse en este estado, en que nada nos detenga, nada nos impida, nada nos embarace. Los vestidos que nos embarazan son los bienes de la tierra, nuestras pasiones, nuestros desarreglados afectos, el amor del placer y de las cosas sensibles. Ahora, esto es justamente lo que se debe restringir, reprimir, y hablando propriamente, sujetar con el cingulo de la mortificacion y del despego. Ciñamos, pues con este cingulo nuestros lomos; despeguémonos de todas las cosas de la tierra, estemos siempre prontos á dejarla... ¿Estamos en esta disposicion? ¿Vivimos despegados de esta manera?

Lo 2.º *La preparacion para la muerte consiste en la práctica de las virtudes...* «Y en vuestras manos lámparas encendidas...»

Este mundo está cubierto de espesas tinieblas, y la muerte es como un viaje que se hace en una noche oscura... La lámpara que debe iluminarnos es la fe y la religion. El que no tiene fe ni religion no tiene esta lámpara en la mano; no sabe dónde va, y corre peligro cierto de caer en el precipicio: el que tiene una fe y una religion que no es verdadera ni establecida por Jesucristo, sigue un falso vislumbre, y se precipita igualmente: el que tiene una fe muerta, lánguida, ó poco asegurada, lleva una lámpara sin luz, y corre tambien al precipicio. Tengamos, pues, esta lámpara encendida por medio de una entera sumision á quanto la Iglesia ha decidido, por medio de un estudio continuo y de una profunda meditacion de los misterios y de las verdades que ella enseña... La lámpara encendida y que debe arder es el amor de Dios y del prójimo en nuestro corazon. Guardémonos de que este fuego se apague, ó venga á faltar; antes por el contrario, procuremos que cada día esté mas vivo y mas ardiente. El óleo que debe mantener siempre encendida nuestra lámpara son nuestras buenas obras y los actos frecuentes de todas las virtudes propias de nuestro estado; las cuales santificándonos á nosotros mismos, iluminarán y edificarán á los otros. ¿Las tenemos nosotros en las manos? ¿Tenemos encendidas estas lámparas?

Lo 3.º *La preparacion para la muerte consiste en una expectacion continua del día del Señor...* «Y sed vosotros semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para abrirle luego que llegue y toque á la puerta...»

Jesucristo está en el cielo, en el convite eterno de la Iglesia triunfante: sin abandonarlo debe venir á nosotros, y nosotros debemos

esperarlo y estar prontos para abrirle. Él toca con la enfermedad, y nosotros le abrimos, si estamos dispuestos por medio de una pronta resignacion, y del júbilo de unirnos con él. ¡Ay de mí! vivimos sobre la tierra en continuas expectativas, pero no en la expectacion del Señor. Se esperan las edades, la salud y las fuerzas: se esperan dignidades y empleos: se espera la muerte de otros: que vaque un empleo: se esperan herencias; y ¡oh cuántas cosas se esperan! Se espera sobre todo una larga vida, algunos años mas de vida, y siempre una dilacion infinita de vida; pero entre estas frívolas expectativas viene el Señor que no se esperaba, llama á la puerta, y léjos de abrirle prontamente, nos esforzamos á cerrarle la entrada y á tenerlo léjos; pero con todo esto, y no obstante nuestra repugnancia, entra, y nada encuentra preparado; todo lo halla en desórden, ¡oh qué infelicidad! ¡oh vanas esperanzas, vanas expectativas, cuántos corazones habeis engañado! ¿No seré engañado yo mismo? No lo permitais, Señor; estoy resuelto: Vos solo en adelante seréis el objeto de mi expectacion. Sí, ¡oh Dios mio! á Vos esperaré: no espero sino á Vos: ninguna cosa del mundo espero sino á Vos solo. Todo lo que hago, todo lo que proyecto, y todo aquello en que me ocupo, todo se endereza á esperaros á Vos; yo no me apego á cosa alguna; luego que Vos llameis, todo lo dejaré, correré á Vos, ¡oh Salvador mio! os abriré con júbilo de mi corazon y con deseo ardiente de unirme siempre á Vos.

PUNTO II.

De la felicidad de la muerte, á la que un cristiano se ha preparado.

«Bienaventurados aquellos siervos que viniendo el señor, los encontró velando: en verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si llegase á la segunda vigilia, y si llegase á la tercera, y los hallare así (*velando*), bienaventurados son los tales siervos...»

1.º *Felicidad primera del instante de la muerte...* ¡De qué consolacion no se hallará llena un alma fervorosa en el lecho de su muerte! Bien presto se han pasado sus penas, se han acabado sus combates, y se ve cercana á la recompensa y al eterno reposo. En este momento todo mortal experimenta la espantosa caducidad de las cosas de la tierra, y la obligacion en que está el hombre de unirse únicamente á Dios. Pero para el alma justa ¡oh y qué consuelo es haber sabido despreciar todos estos bienes de que la muerte la se-

para, y haber buscado el agradar á solo aquel Dios que á ella viene! ¡Con qué alegría ve ella á Jesucristo entre las manos del sacerdote que viene aun á ella una vez á darle la prenda segura de una bienaventurada inmortalidad! Esta es la última vez en que lo ve bajo los velos misteriosos que lo esconden; bien presto lo verá á cara descubierta en el estado de su gloria. ¡Oh cuánto se alegra de haberlo servido y de haberse consagrado á él! No le sucede así al alma mundana, perezosa, disipada, cuyo corazon jamás ha estado enteramente en Dios: ¡oh qué pesar, al opuesto, en este momento; cuántos remordimientos, cuántos temores!

2.º *Felicidad en el momento de la muerte...* La felicidad de un justo moribundo resalta hasta los que están presentes. Es una verdadera felicidad ser testigos de la muerte de un fervoroso cristiano. Ó sea que la muerte lo corte en la flor de su edad, y cuando el mundo le ofrece las mas lisonjeras esperanzas; ó sea que lo lleve en una edad avanzada, y cuando el corazon está ordinariamente mas apegado á la vida, el júbilo que brilla sobre su frente, el ardor con que pide los Sacramentos, el fervor con que los recibe, las palabras de consolacion que dice á los que lo acompañan, todo edifica, todo encanta. El semblante de alegría con que espira anuncia los sentimientos llenos de fe, de esperanza y de amor divino de que está encendido su corazon. Parece que al rededor de él se esparce un olor de santidad. El fuego sagrado que lo consume, calienta los corazones mas frios, y les hace desear el morir con una muerte tan santa y tan dichosa... Es bien diferente la muerte de los mundanos; se han visto jóvenes y viejos dar espantosos gritos al primer anuncio de una próxima muerte, y determinarse despues con una pena infinita á hablar á un ministro de la reconciliacion; tambien se han visto algunos obstinados en no querer rendirse, echar de sí á los que les hablaban de Dios, arrojar tambien el Crucifijo que se les presentaba, y morir, ó en un endurecimiento, en una insensibilidad, en una insensatez propia de bestia que ponía los circunstantes en la mayor consternacion; ó morir con las blasfemias en la boca, transportados de furor y desesperacion que hacían temblar á los presentes, huyendo cada uno con el corazon lleno de terror y de espanto.

3.º *Felicidad despues de la muerte...* Ha espirado ya: aquella alma justa y fiel ya no está mas en este mundo; solo ha quedado sobre la tierra el cuerpo que ella ha animado y que volverá otra vez á tomar en el último dia. ¡Ah! ¿qué es lo que ella encuentra en el momento en que se ve libre de las ligaduras del cuerpo? Encuentra

en un Dios el Señor á quien ha servido, amado y deseado: un Señor lleno de bondad y de ternura, un Señor que ya no exige de ella algun servicio, y que, al contrario, quiere servirla él mismo; que la introduce al celestial convite de la mansion de su gloria, y emplea su omnipotencia en hacerla feliz, y colmar todos sus deseos. ¡Ah! es ciertamente bueno y tierno el Señor á quien nosotros servimos, y que se pinta á sí mismo bajo de estos tan admirables colores. ¡Felices, sí, felices los siervos que él encuentra en su servicio fieles y vigilantes á su retorno! Para servir á un tal Señor, ¿es por ventura demasiado larga la vida? ¿Son, acaso, demasiado duras las penas, las cruces, las penitencias y las mortificaciones para la felicidad tan grande que nos procuran? Ó almas fieles que os habeis consagrado al servicio de Jesucristo, no os dejeis abatir del temor de la muerte como los amadores del mundo. Esperad el dia de la venida de vuestro Señor con una santa impaciencia; pensad en ella con júbilo y con demostraciones de alegría. No: los pecados de la vida pasada que habeis lavado en su sangre, y las culpas ligeras que se escapan á vuestra fragilidad, y de que le pedís cada dia perdon, no inquieten ni atemorizen vuestro corazon, ni lleguen á haceros perder una tan dulce esperanza. Una estable confianza en las misericordias del Señor y un deseo ardiente de ir á él son mas propios para animaros en su servicio, y le son mas aceptos que aquel temor estéril á que os abandonais, y que hace injuria á su bondad, y no sirve sino de alejaros de él y de afligiros, aun con riesgo de desanimaros. Decid, pues, frecuentemente á vosotras mismas: ¡bienaventurados los siervos que el Señor hallará vigilantes á su retorno! ¡Ah! con la gracia de mi Dios espero ser de este número... ¡Oh qué fortuna será esta para mí!

PUNTO III.

De la necesidad de estar siempre prontos para morir.

Lo 1.º *Comprendamos esta necesidad con un ejemplo familiar...*

«Mas sabed esto, que si el padre de familias supiera la hora en que vendría el ladron, velaría sin duda; y no dejaría minar su casa...»

Si él supiese el tiempo, en aquel tiempo velaría; pero no sabiéndolo, ¿qué es lo que hace? tiene cuidado que su casa esté siempre en buen estado, y con esta precaucion reposa tranquilamente... Si nosotros supiésemos el tiempo en que debemos morir, podríamos dejar para él nuestra preparacion; pero, no sabiéndolo, imitemos á

este padre de familias... Mantengamos nuestra conciencia en seguridad y siempre en buen estado : no dejemos entrar en ella , y mucho menos mantenersé algun tiempo al demonio , nuestro enemigo , y al pecado : no nos hallemos jamás en un estado en que no querríamos morir. Regulada de este modo nuestra conciencia , y no remordiéndole cosa alguna , podemos dormir tranquilamente : podrá entonces sucedernos morir de una muerte repentina ; pero no moriremos de una muerte improvisa. ¡Ay de mí! cuando se trata de la conservacion de nuestros bienes usamos de una atencion infinita , ninguna cosa fiamos al caso , ninguna precaucion nos parece que está por demás ; y cuando se trata de nuestra alma , de su conservacion , de su eterna salud , lo arriesgamos todo , y no tomamos seguridad alguna. ¡Dios inmortal , estamos todos los dias á la vigilia de ser eternamente reprobados , y vivimos tranquilos!

Lo 2.º *Comprendamos la necesidad de estar siempre dispuestos á morir con una cotidiana experiencia...* «Y vosotros estad preparados, «porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre...»

La muerte sorprende con mil accidentes improvisos. Uno es sumergido en el agua , otro consumido de las llamas ; este cae y se hace pedazos , aquel queda oprimido debajo de las ruinas , bajo de un peso que lo aterra ; quien es muerto por su enemigo ó por accidente , quien muere por un golpe de sangre ó de una apoplejía. En un mismo dia los habeis visto llenos de sanidad y privados de vida ; y estos accidentes sorprenden á los unos en un viaje , á los otros en sus casas ; á unos de dia , y á otros de noche. ¿Cuántos hemos conocido nosotros que han muerto de este modo? ¿Estaban estos dispuestos para morir? ¿Estaban ellos en estado de gracia? ¡Ah gran Dios , y cuán terrible es una tal muerte para personas ocupadas en los negocios del siglo , y que apenas se veian ocuparse en el negocio de la salud!... La muerte nos sorprende por enfermedad. Estábamos ocupados en mil negocios , proyectos é ideas inútiles ; vivíamos en los placeres , y acaso en malos hábitos , y cuando menos pensábamos nos hallamos detenidos en medio del curso de la enfermedad... ¿Y qué tiempo es este para disponernos á morir?... Se ignora la naturaleza del mal... Nos lisonjamos que esto será nada , hemos salido ya otras veces de enfermedades mas graves , otros han sanado de esta misma enfermedad , y con esta esperanza nada se hace ; se difiere en la enfermedad como en la sanidad , y en tanto la muerte viene... Se ignoran sus progresos... Despues de algunos temores de la muerte , y despues de haber hecho algunos prepara-

tivos , el mal va cesando ; renace la esperanza de la vida , y con ella muchas veces reviven todas las pasiones ; y cuando ya nos creíamos fuera de peligro , todo de un golpe recaemos y morimos. ¡Ah! estemos preparados , estemos preparados. ¿Es posible que no queramos jamás comprender la importancia de este aviso? La experiencia de todos los dias ¿no bastará jamás para desengañarnos? Se muere á la hora que menos se piensa en ello. Esta advertencia tantas veces repetida y confirmada ¿no hará jamás sobre nosotros impresion alguna? Si fuésemos sorprendidos sin estar dispuestos , la culpa será infaliblemente nuestra , y será culpa que jamás podremos reparar.

Lo 3.º *Comprendamos la necesidad de estar siempre dispuestos á morir con la aplicacion que debemos hacer á nosotros mismos de esta verdad...* «Y Pedro le dijo : ¿Señor , esta parábola la has dicho por «nosotros ó por todos?...»

Da compasion el ver el uso que se hace de una verdad tan terrible como es la incertidumbre de la muerte ; y ver la manera con que se aplica. Primeramente se aplica á los negocios temporales , usando toda la exactitud y puntualidad. Ninguna cosa se hace , de cualquiera importancia que sea , sin tomar las precauciones necesarias contra las sorpresas de la muerte. Se tiene cuidado de decirlo todo ; de escribir ó hacer escribir y firmarlo todo ; porque no se sabe , se va diciendo , qué cosa puede ocurrir ; el hombre puede morir en cualquier hora. Y por la salvacion ¿no hay que temer alguna sorpresa? ¿ó acaso este negocio no es de tanta importancia? ¡Ah!... la aplicamos tambien de buena gana á los otros , la anunciamos , la predicamos , la inculcamos á los otros , y despues no la aplicamos á nosotros. Conocemos el débil temperamento , la quebrantada salud de aquel jóven ; vemos la edad avanzada del otro , y vamos diciendo : debieran ciertamente este y aquel pensar en morir bien ; ¿y nosotros no debemos , por ventura , pensar en esto?... Tambien la aplicamos á nosotros , pero en una manera indeterminada , indecisa é ineficaz. Hacemos alguna vez esta reflexion , que no sabemos cuándo moriremos , y despues nos quedamos tranquilos como si á lo menos supiésemos cuándo nos morirémos ; y sucede al fin , que despues de tantas advertencias y de tantas reflexiones morimos tambien sin estar preparados.

Peticion y coloquio.

Á mí , en particular , se endereza esta instruccion. Sin mas dife-

rirlo, quiero comenzar hoy á ponerme en el estado en que querré morir, con la práctica de las virtudes, de las mortificaciones y de los ejercicios de piedad en que querré morir y acabar mis días; en una palabra, á hacer aquello que quisiera haber hecho á la hora de la muerte. Diferirlo mas es exponerme á un grande mal. ¡Ah! Vos, Dios mio, avalorad con vuestra gracia este propósito. Amén.

MEDITACION CLXIII.

QUINTA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XII, 42-48).

PARÁBOLA DEL ADMINISTRADOR.

Consideremos: 1.º el administrador fiel; 2.º el administrador infiel; 3.º la diferencia que hay entre los siervos infieles.

PUNTO I.

Del administrador fiel.

Lo 1.º *Sus obligaciones...* «Y el Señor dijo: ¿Quién crees tú que sea el dispensador fiel y prudente propuesto por el señor á su familia para dar al tiempo debido á cada uno su medida de trigo?...»

Bajo la parábola de este administrador están representadas todas las personas que tienen alguna autoridad ó potestad sobre los otros. Tales son los padres de familia, los señores, los magistrados, los príncipes, y principalmente los pastores y superiores eclesiásticos y directores de almas... La primera obligacion del administrador es la fidelidad, que consiste en no apropiarse alguno de los bienes que le ha confiado el señor, en no considerarse él mismo dueño de ellos, en no buscar en esto su gloria, su placer y su particular provecho; sino la gloria, la voluntad y el interés de su señor... La segunda es la prudencia ó sea la ciencia propia de su estado. Debe saber todo lo que es necesario para el beneficio y adelantamientos de su señor; debe conocer los trabajos que se han de hacer, debe repartirlos á aquellos á quienes manda, y dar á cada uno de ellos un trabajo proporcionado á sus talentos y á sus fuerzas... La tercera es la exactitud en proveer á las necesidades de aquellos que emplea, dándoles en el tiempo destinado la medida necesaria para su sustento; esto es, suministrándoles todos los medios, todas las comodidades, todas las instrucciones y todas las exhortaciones, en una palabra, todo aquello que puede empeñarlos y animarlos á cumplir exacta-

mente sus obligaciones; y estos socorros los debe suministrar, no en el tiempo que á él le acomode y agrade, sino en el tiempo señalado, y cuando ellos tengan necesidad... Ahora, pues, ¿cómo cumplimos nosotros en nuestro estado estas obligaciones respecto de aquellos cuya conducta nos ha fiado Dios? ¡Ah! ¿dónde se halla aquel administrador fiel, prudente y atento? ¡Oh, y cuán pequeño es su número en comparacion de aquellos que son infieles, imprudentes y negligentes! ¿No soy yo, por ventura, del número de estos últimos?

Lo 2.º *La felicidad del administrador fiel...* «Bienaventurado aquel «siervo que viniendo el señor lo hallará así haciendo...»

Esto es, si lo halla en el actual cumplimiento de todas sus obligaciones; pero para esto las debe cumplir: 1.º Con constancia y sin interrupcion. No debe dejarse vencer de las dificultades, no se debe dejar abatir del tédio, no se debe dejar llevar de la pereza, ni distraer de cuidados extraños... 2.º Con aplicacion y sin negligencia. Es necesario que continúe á trabajar incesantemente y sin tomar reposo. Debe continuar con celo, con el mismo ardor y con la misma solicitud con que ha comenzado, para que viniendo el Señor, no halle, ó que nada hace, ó que no lo hace todo, ó que hace mal lo que hace... 3.º Con perseverancia y sin omitir jamás cosa alguna. Debe continuar á trabajar con teson hasta la última respiracion, sin dejar jamás el puesto en que lo ha colocado Dios, ó por flojedad, por tédio, ó por amor propio; y si ya no estuviese en estado de guardarlo, porque la enfermedad ó la edad lo hagan incapaz de cumplir sus funciones, debe en esto reconocer y seguir la voluntad del Señor, el cual sin duda, á su arribo, seria mal contento de hallarlo en un puesto en que no podia ya serle útil, y que lo habria solo guardado para gozar las utilidades anejas sin poder cumplir sus obligaciones.

Lo 3.º *La recompensa del administrador fiel...* «Os digo verdaderamente que lo pondrá sobre todo lo que posee...»

El señor, que á su arribo encontrará al administrador de su casa exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se le mostrará agradecido, le dará á entender su satisfaccion, y por recompensa de su fidelidad y prudencia lo elevará á un puesto superior, y le dará la administracion general de todos los bienes que posee. Hé aquí la recompensa que pueden dar los señores de la tierra, y que pueden esperar aquellos á quienes han fiado una parte de su patrimonio. Pero ¿qué es lo que hará el Señor del cielo? ¿Qué nos promete él